

P. A. MARÍN
ESTRADA

La Semanona caldea el ambiente de una ciudad que vive la fiesta a todas horas durante estos siete días

Como el París de Hemingway, Gijón ayer era una fiesta. La mañana de la primera jornada completa de su Semana Grande lució soleada y con una temperatura que invitaba al paseo, a disfrutar de las terrazas o a darse directamente un chapuzón en la playa. Pero el ambiente que marcaba el barómetro de la ciudad sugería un aire distinto al de otros días radiantes de verano: era el aliento de la celebración recorriendo sus calles un año más en su cita con la patrona Begoña. Lo sabían bien los de casa y lo buscaban o intuían los visitantes de paso. Algunos incluso ignoraban -pásmense propios y extraños- que la villa de Jove llanos estaba sumergida en su célebre Semanona.

Al mediodía, en uno de los epicentros del agosto gijonés, la Feria de Muestras, las líneas especiales de autobuses llegaban a las puertas del recinto Luis Adaro con el pasaje hasta los topes y el mismo ajeteo se respiraba por el puente que cruza hacia El Molinón. Al otro lado del estadio, en su zona sur, en las terrazas de las cafeterías se juntaban los desayunadores poco amigos de madrugar con quienes ya disfrutaban de la hora del vermouth. Entre estos últimos, un grupo de veteranos socios del Grupo Covadonga, Miguel Ángel López, Juan Chasco, José Cambor, Iván González y Alfonso Barral, brindaban con vino

blanco por la semana de festejos: «Y por estar aquí de nuevo todos juntos celebrándolo», afirmaban. A sus espaldas, el aparcamiento del campo del Sporting era un reflejo del trasiego que la ciudad vive en estas fechas.

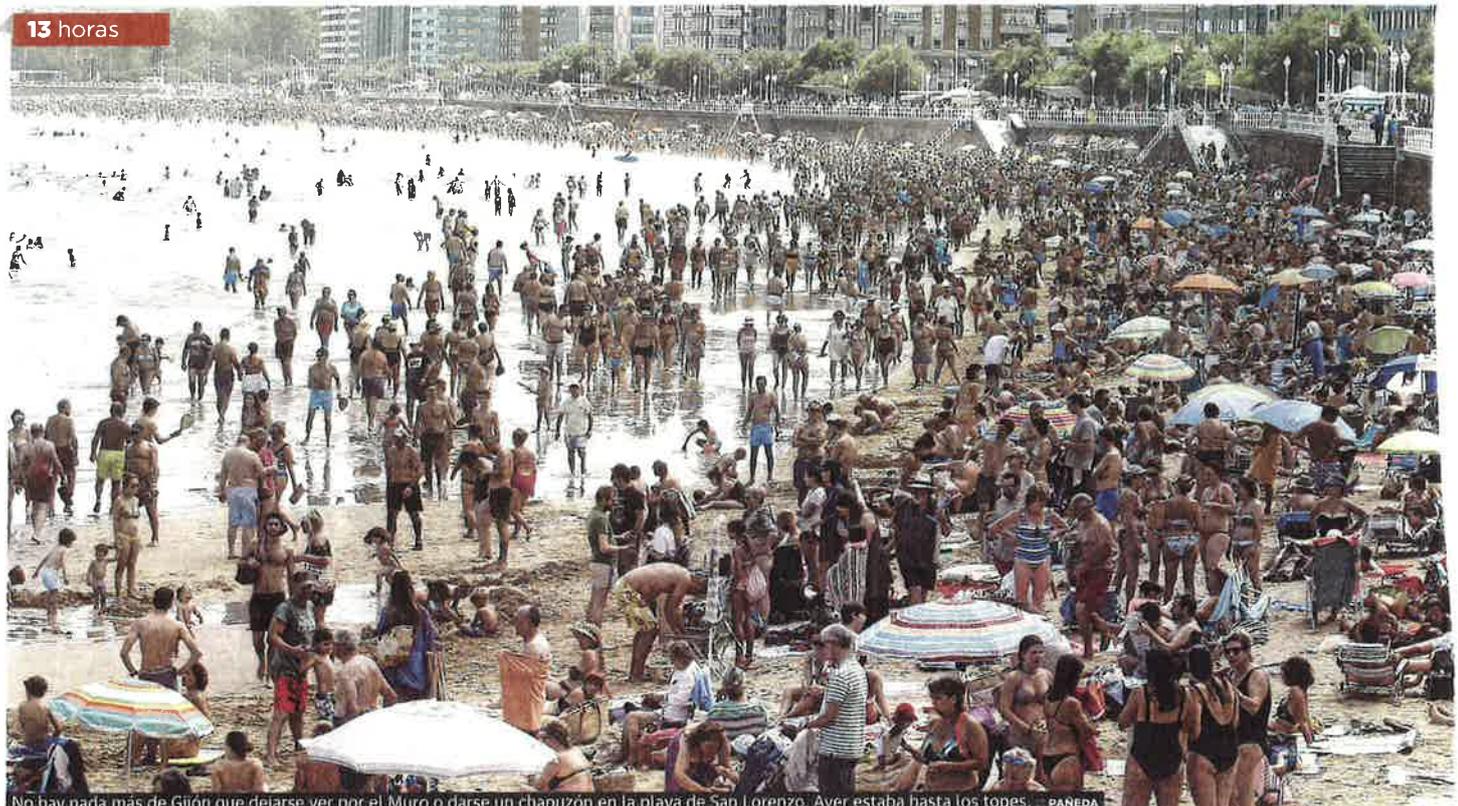
El parque de Isabel la Católica ofrecía un respiro a la sombra para el paseante que se encaminase hacia el Muro y la playa de San Lorenzo. Allí, los residentes con plumas del estanque, aparentaban ser los únicos bichos vivientes ajenos al bullicio jaranero de la ciudad. Más allá, de nuevo en los dominios del sol, una humanitaria 'brisisna' se asomaba al puente del Piles para contemplar a los irreductibles del Tostaderu arrinconados por la marea alta y, en la otra orilla, una nutrida concentración de almas bronceándose, solazándose a la sombra de las casetas o buscando el remojo en la primera línea húmeda del arenal. En las escaleras del animado paseo se registraban a esa hora importantes atascos de chanclas y toallas, un tráfico que se hacían notar también frente a los puestos de helados y en los pasos de cebra en ambas direcciones. Al lado de La Escalerona, una familia de zaragozanos, Elena Becerril, Carlos Carot y sus hijos Sergio y Daniel, consultaban un plano de Gijón con una mano mientras con la otra immortalizaban en sus teléfonos la panorámica de la bahía. «No sabíamos

12 horas



Vermut en los bajos de El Molinón y visita a la Feria. ... PANEDA

13 horas



No hay nada más de Gijón que dejarse ver por el Muro o darse un chapuzón en la playa de San Lorenzo. Ayer estaba hasta los topes. ... PANEDA